

las Perrerías de Mike 2

MIKECRACK

Y EL DIAMANTITO PERDIDO



TEAMCOMPAS

m̃r

Las Perrerías de Mike 2

MIKECRACK

Y EL DIAMANTITO PERDIDO

m̄r

ÍNDICE

Capítulo 1. ¿Hogar, dulce hogar?	6
Capítulo 2. Desterrados en el jardín.....	14
Capítulo 3. La biblioteca	24
Capítulo 4. El plan de huida.....	36
Capítulo 5. La hermana de Mike	46
Capítulo 6. El viaje	58
Capítulo 7. Tropicubo.....	70
Capítulo 8. La selva	80
Capítulo 9. Guardianes de piedra	92
Capítulo 10. El templo	106
Capítulo 11. Infiltrados	118
Capítulo 12. Las cavernas	130
Capítulo 13. La cripta.....	144
Capítulo 14. Reencuentro	156
Capítulo 15. La batalla de los gólems	166
Capítulo 16. El intercambio	184
Capítulo 17. Viaje al Mundo Oscuro	196
Capítulo 18. La vuelta a la vida.....	208

CAPÍTULO 1

¿HOGAR, DULCE HOGAR?

Cuando sonó el timbre de la puerta, Mike sintió un nudo en el estómago. Aquel era el día en que se marchaba a vivir a casa de Timba.

Acarició la corona de Trollino y volvió a colocársela en la cabeza.

Exe abrió la puerta y se encontró con Timba, que todavía se ponía un poco nervioso al verlo.

—Buenos días —saludó Timba—. ¿Todo listo?

Mike apareció por detrás de Exe con gesto triste.

—Sí, supongo que sí... —respondió encogiendo los hombros. Luego señaló hacia una torre de maletas que había a su lado—. Estas son mis cosas.

—¿Seis maletas? —cuestionó Timba—. ¿Para qué necesitas tantas?

Mike señaló la de abajo del todo y luego fue subiendo el dedo para ir apuntando hacia las demás.

—Esta es la de las cosas blandas para morder. Esta es la de las cosas duras para morder. Esta otra, la de las cosas que no son ni blandas ni duras, también para morder. En esta llevo chocolate. Y la de arriba del todo es la del papel.

—¿Chocolate y papel? —preguntó Exe—. En casa de Timba también tienen.

—La abuela de Timba me odia —aclaró Mike frunciendo el ceño—. Seguro que no me deja comer chocolate. Y no digamos papel...

Exe suspiró comprendiendo que no iba a servir de nada discutir con Mike. Agarró la única maleta que él había preparado y la llevó al carro.



Willy se quedó sentado junto a la entrada de la casa con gesto alicaído.

—No estés triste, Willy —trató de animarlo Mike—. Exe tiene un plan para hacer volver a Trolli.

—Es cierto —confirmó Exe—. Buscaremos el Cristal de Luz.

Willy bajó la vista al suelo y gimió poco convencido.

—No digas eso —le respondió Exe—. El Cristal de Luz tiene el poder de crear vida. Es lo que necesitamos.

Timba había venido a buscarlos en un carro tirado por un caballo delgaducho. Se sentaron los cuatro muy juntos en la parte delantera, porque la trasera estaba llena con las maletas de Mike. El caballo intentó iniciar la marcha, pero las pezuñas le resbalaron en el suelo y el carro no se movió ni un centímetro.

—A veces le pasa esto al arrancar —explicó Timba—. Hay que empujar un poco y luego ya podrá él solo.

Mike y Exe bajaron a dar un primer impulso desde atrás. Entonces, el pobre animal logró moverse, aunque avanzaba muy despacio.

—¡Has puesto demasiado peso, Mike! —lo regañó Exe.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo sabemos que no es tu maleta la que nos hace ir lentos?

Dos horas después habían terminado de recorrer un camino que normalmente se hacía en veinte minutos.

—¡Buah! Este animal no está en forma, Timba —señaló Mike—. Deberías ponerlo a hacer ejercicio.

El caballo dirigió un relincho molesto hacia Mike.

—¡Eh! ¿A quién llamas gordo? —replicó él.

El caballo relinchó de nuevo, esta vez sin mostrar enfado. Mike frunció el ceño extrañado.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Timba—. ¿Qué ha dicho ahora?

—Dice que no me preocupe, que en esta casa voy a perder peso... ¿Sabes a qué se refiere?

Timba miró para otro lado fingiendo no comprender a qué venía el comentario del caballo.

—No, ni idea... —murmuró—. A ti te gustaban las lentejas, ¿no?

La casa de Timba era parecida a la de Trollino, aunque estaba pintada de una forma muy rara, con el tejado rojo chillón y las paredes verde claro.

—¿Tu abuela no distingue bien los colores? —dudó Mike.

—Mi abuela no distingue bien casi nada —respondió Timba.

Iba a añadir que su abuela no veía un pimiento, pero entonces la vio acercándose a recibirlos. Hortensia era una mujer muy mayor, más bajita que una silla, con el pelo blanco peinado con la forma de un arbusto y unas gafas pequeñas colocadas al borde de la nariz.

—¡Uh! ¡Ya iba siendo hora, niño! —se quejó.

—Hola, abuela —saludó Timba molesto porque ya empezaran a gritarle—. Estos son Mike, Exe y Willy.

Hortensia no hizo ni caso a Mike ni a Willy, y se quedó mirando a Exe de arriba abajo.

—¡Sí, señor! —exclamó con orgullo señalándolo—. ¡Esto es un perrazo como Dios manda!



Exe miró a un lado y a otro ruborizado.

—¿Cómo dice?

—¡Qué porte tiene! ¡Claro que sí! —añadió Hortensia. Luego hizo un gesto con la mano hacia Mike y Willy—. ¡Ustedes, traigan las maletas!

—¿Qué? —preguntó Mike sin poder creerlo.

Hortensia empezó por enseñarle el jardín a Exe, de camino a la casa, mientras Mike y Willy arrastraban las maletas. Luego pasaron todos juntos al interior, donde descubrieron que había fotos de Trollino por todas partes.

—Esta señora está obsesionada... —comentó Mike cuando la abuela no podía oírlo.

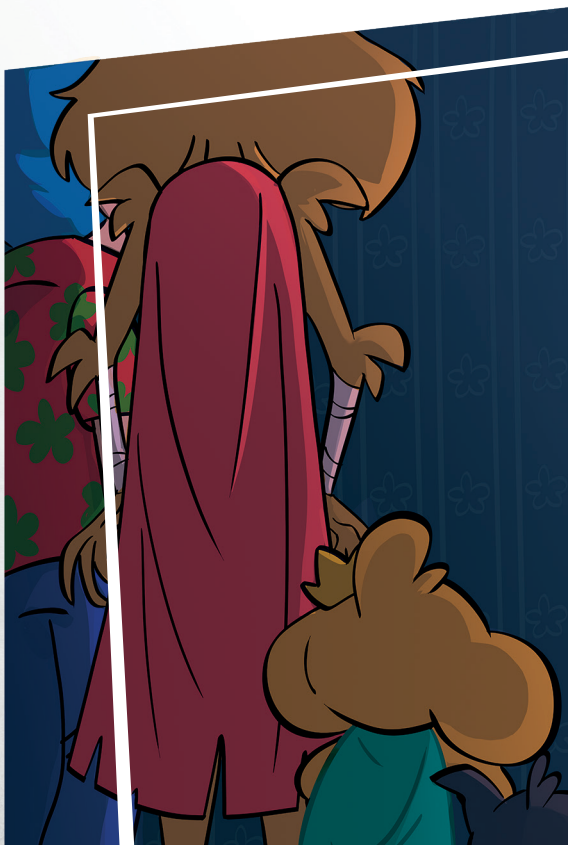
—¡No lo sabes tú bien! —le respondió Chiribiqui, un pájaro que los miraba atentamente desde el interior de su jaula.

En la casa también vivía Acenix, un gato gris que llevaba un collar rojo con un cascabel al cuello y que desapareció nada más verlos llegar.

La mayor sorpresa se la llevaron en el piso de arriba, donde Hortensia había montado una especie de altar con un enorme cuadro de Trollino, rodeado de velas y flores.

—Las cambio todos los días —declaró emocionada—. No volverá a existir otro hombre como él...

Mike y Exe se quedaron pasmados delante del altar. Luego miraron hacia Timba con intención de preguntarle de qué iba todo aquello, pero él negó con la cabeza y puso cara de no tener ni idea.



Hortensia abrió la primera puerta que encontraron en el pasillo.

—¡Esta va a ser su habitación, Exe! —dijo—. ¡Al lado de la de Timba!

Encendió la luz para que todos pudieran ver la cama recién hecha, la mesilla y la lámpara.

—¿Y dónde voy a dormir yo? —preguntó Mike.

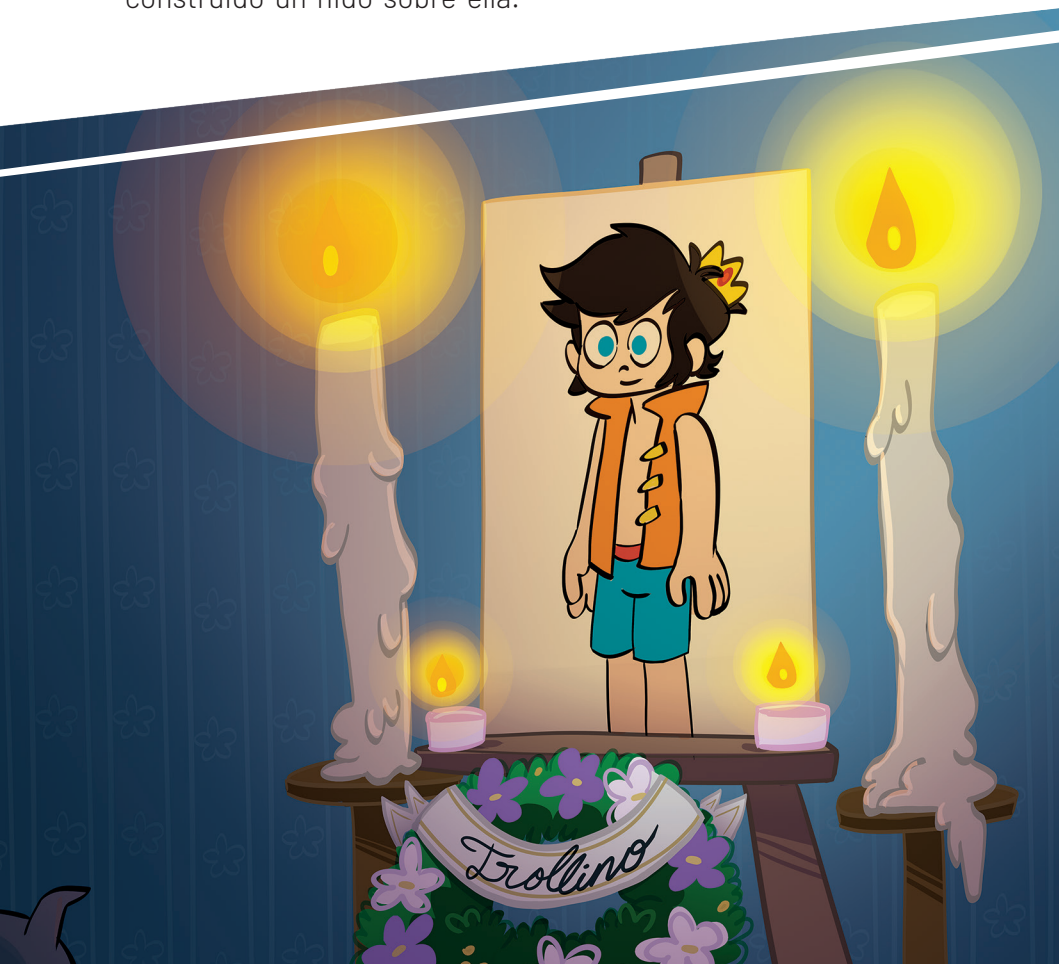
Hortensia caminó hasta el fondo de la habitación, separó las cortinas de la ventana y señaló hacia el jardín.

—Ustedes en esa caseta —anunció.

Mike y Willy compartieron una mirada de preocupación.

—¿Caseta?

Bajaron al jardín trasero para ver la pequeña casa de madera, cochambrosa y descuidada. Una pareja de urracas había construido un nido sobre ella.





La abuela se apresuró a echarlas agitando los brazos.

—¡Su, su! ¡Fuera, pajarracos!

Luego invitó a Mike y a Willy a pasar al interior.

—¡Ea! ¡Aquí van a estar divinamente! —exclamó.

Mike metió la cabeza para descubrir que los insectos ya habían convertido aquello en su hogar. En una de las esquinas había una telaraña del tamaño de un pullover y, en la contraria, un hormiguero con forma de pequeña montaña. Una hilera de hormigas recorría el suelo, dirigiéndose hacia él.

—Será una broma, ¿no? —preguntó Mike.

Hortensia se había ido a buscar un par de cuencos de plástico. Los dejó en el suelo delante de la caseta, y los limpió con una bayeta.

—¡Hala! El cuenco rojo es para la comida y el amarillo, para el agua.

—¿¿Voy a comer en el suelo?? —cuestionó Mike incrédulo.

—No, en el suelo no —explicó la abuela acariciando la cabeza de Mike, igual que si le hablara a un cachorrito—. En el cuenco rojo.

Luego, Hortensia se giró hacia Timba.

—Muy listo no parece el perrillo —susurró—. Pena.

Entonces se marchó de vuelta al interior de la casa dejando a Mike con cara de tonto.

—Lo siento... —se disculpó Timba avergonzado—. Seguro que dentro de unos días los dejará entrar a todos.

Pero Mike estaba empezando a enrojecer de ira. Se sentía insultado y miraba hacia la casa con un temblor en uno de los ojos.

—¡Grrrr! Se equivoca esta señora si piensa que voy a quedarme aquí fuera como un perro... —murmuró entre dientes.

Willy lanzó un gruñido, molesto por el comentario.

—No te ofendas, Willy, ya sabes a qué me refiero —se justificó Mike—. Si hemos venido a vivir aquí, no puede ser que estemos peor que en casa de Trolli.

Entonces se frotó las patas delanteras mientras sonreía con malicia.

—No te preocupes —añadió Mike—. Esto no va a quedar así...